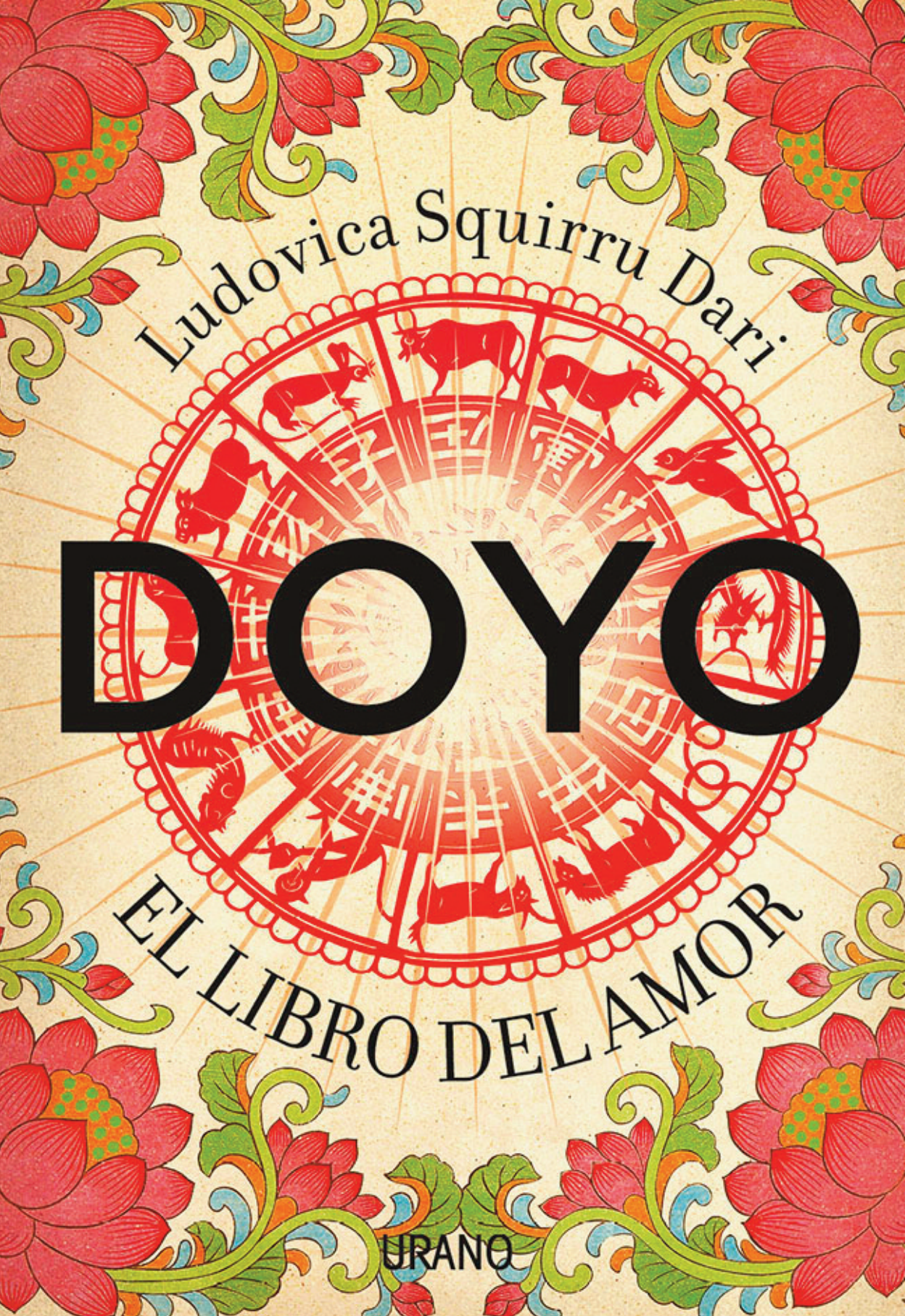
Ludovica Squirru Dari



DOYO

EL LIBRO DEL AMOR

URANO

Ludovica Squirru Dari



Doyo
El libro del amor

URANO
Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay – Venezuela

1.ª edición Marzo 2015

COLABORACIONES ESPECIALES
Cristina Alvarado / islacentral@yahoo.com
Susana Tassara / sutassara@hotmail.com
Claudia Pandolfo / claudiapandolfo@gmail.com
Claudio Herdener / gatophoto@gmail.com

FOTOS DE INTERIOR: Claudio Herdener / www.gatophoto.blogspot.com
ARTE INTERIOR: Marcelo Barragán / barreigan@hotmail.com
PRODUCCIÓN DE MAQUILLAJE Y VESTUARIO: L. S. D.
PRODUCCIÓN GENERAL: Hoby De Fino / @hobydefino

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2012 *by* Ludovica Squirru Dari
www.ludovicasquirru.com.ar
lulisquirru@ludovicasquirru.com.ar
All Rights Reserved
© 2015 *by* Ediciones Urano, S.A.
Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona
www.edicionesurano.com

ISBN: 978-84-7953-896-5
E-ISBN: 978-84-9944-805-3

Depósito legal: B-26.777-2014

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.
Impreso por: Liberdúplex S.L. – Ctra. BV 2249 Km 7,4 – Polígono Industrial Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Impreso en España – *Printed in Spain*



Dedicatoria

A mis padres, Eduardo y Marilú, que me dieron la vida.

A cada amor que me visitó, visita, apareció y desapareció.

A los amores perennes.

A los que tienen fecha de vencimiento, y aunque tóxicos siguen estando para que aprenda más de mí.

A los platónicos, virtuales, imaginarios, incompletos y anónimos.

A los espejismos que me convierten en humana.

A los que no se dan por prejuicio.

A los que están en remojo, en gestación, en la noosfera.

A los sagrados, que me visitan cuando los convoco.

A Maximón.

A los santos que no me tocaron ni un pelo.

A los que están en lista de espera.

A quien me quiera como soy.

Amen.

L. S. D.



La trama secreta que sale a la luz

Agosto en Buenos Aires tapó con un manto gris y de lluvia continua el cielo azul y frío que nos regaló julio.

Desde que volví de las sierras siento que nunca podría confesar todo lo que he sentido en mi vida con cada amor.

Es un códice indescifrable, una caligrafía secreta, un tesoro oculto en la jungla donde vivo y me muevo con técnicas ancestrales.

Me siento más liviana, dije a cada amor lo que no pude mientras vivíamos nuestra relación, ordené mi partitura pasional en estrofas que son más armónicas, revelé fotos que creía veladas y dejé que aparecieran en sueños dictándome sus saudades.

Tomé té de arándanos, devoré un chocolate, y como un collage con forma de corazón, vi a cada uno ofrendar su regalo para este libro.

Susana Tassara, con las relaciones de las parejas míticas que admiramos, y nos gustaría tener alguna vez.

Claudia Pandolfo, con el glamour para que seamos mirados, para vestirnos y que nos desvistan con el estilo que mejor nos queda; a estas páginas podemos recurrir en

caso de no tener vocación para elegir con lucidez la ropa adecuada frente al espejo y sentirnos monísimasssssssss.

Claudio Herdener, con sus recetas eróticas, metódicas, económicas y amorosas para cocinar a fuego lento o en un arrebato a nuestro animal favorito.

Cristina Alvarado, con la segunda parte del libro, en la cual por primera vez en lengua hispana se conoce la fórmula científica del amor para los chinos.

Y especialmente a Hoby De Fino que cabalga con pasión la vida y tuvo fe para dar a luz este legado.

Gracias al zoo que se autoconvoca o acepta con entusiasmo mis propuestas para participar.

El amor necesita tiempo y espacio.

Y ganas.

Espero que tengan una guía para quienes crean que el amor no les llegó ni tocó en esta vida.

Con esperanza

L. S. D.



Prólogo

Doyo

Para los chinos el «doyo» es la estación intermedia entre el fin del verano y el otoño, una época en que la naturaleza comienza a cambiar hormonalmente y nos sorprende con inesperados cambios de humor en una tórrida noche, en la cual las estrellas parecen incrustaciones de luciérnagas en el firmamento —al alcance de la mano—, mientras la tenue brisa es una serpentina olvidada en un piquillín*[1] el último día de carnaval para que nos olvidemos en vigilia de nuestra vida, enfoquemos el agujero negro del cielo con el propio e iniciemos así el viaje de la memoria afectiva, con el silencio de los guardianes del tiempo, que son los escribas de nuestro trazo invisible en el corazón de los que nos recuerdan quiénes fuimos, somos y seremos.

Desde «mi doyo» les contaré mi destino afectivo, desde antes de ser quien les escribe hace un cuarto de siglo a través de la mitología china, e intentaré recuperar el «viaje álmico» en el cual el amor es la única sustancia a tratar en este papiro o códice revelado en el año del dragón de agua, aliado, mensajero, compinche, benefactor de actos de fe y valentía en mi azarosa existencia.

Mi carta astrológica solar define un destino donde todos los planetas están en el medio cielo, señal de que no vine a cumplir mandatos socioculturales y de tradición, algo que intuí desde la placenta.

Vine a dejar limpias vidas pasadas y el saldo será supervisado por Buda para decidir si involuciono o evoluciono en la rueda del SAMSARA.

* (Ver notas en páginas 367-369)

Entregada en cada encuentro y despedida en el amplio espectro del aprendizaje acelerado que significa «estar en pareja» o el intento de ser parte de un ser humano que por causalidad aparece en nuestra vida en el NAJT (tiempo y espacio para los mayas), el amor es para mí un mensaje que ambas partes debemos descifrar antes, durante y después del tiempo compartido.

El desapego, el gran secreto para que el amor nos transforme por dentro y por fuera y nos arrastre con su ola a una nueva playa u horizonte de eventos.

Una tarde esfumada, observé desde la ventana de mi baño, que da a las sierras precámbricas, el tiempo acumulado en sus pliegues, valles, piedras erosionadas por el reloj de arena, por la mano escultórica del persistente viento, las fuerzas ocultas dentro del corazón de la tierra, la cantidad de napas y capas que se siguen moviendo mientras como, duermo, respiro, leo, sueño, camino.

Lo que está en ebullición constante y nunca descansa aunque parezca calmo y aquietado, lo que sigue su proceso, destino sin oráculo en el universo. Así es el amor, no tiene principio ni fin: existe, cambia de forma, de persona, de paisaje, pero socava nuestra existencia desde los ángulos más ásperos, famélicos, huecos, desnivelados, iracundos, del magma afectivo.

Escribir sobre el amor es repasar, recordar, abrir los archivos secretos del corazón, de mi historia, y soltarla para aceptar que en el presente sigo intentando amar y ser amada con lo que existe, lo que surge en el encuentro con el otro, supeditados a los «designios celestiales y terrenales» infinitos y reales que nos apuntan invisibles desde los planetas con sus antojos, cuadraturas, oposiciones, bien o mal aspectados, con lunas difíciles o pródigas en constante movimiento, interactuando en armonía o disonancia con sus influencias.

Siempre estuve abierta (hasta que me lapidaron, sepultaron, enterraron) al encuentro con el hombre; quizá más por curiosidad, intriga, antena para captar su *yin* oculto o periférico y dejar reposar su *yang* condicionado por nuestra cultura, que por las ganas de estar de novios o emparejada.

Toda mi vida supe que mi nombre —etimológicamente, Ludovica significa «la que se hace sola»— también conlleva el sentir la soledad «el sol dentro», como un hierro ardiente con el que se marca al ternero, dejándolo a la intemperie de su destino.

Nací el 9 de mayo de 1956, a las doce en punto del mediodía en el sanatorio Otamendi de Buenos Aires, y Chacho Adalid, el médico partero de mi madre —para consolarla pues era mujer y mi padre ansiaba un varón— le dijo: «Esta chica será especial porque nació con la luz del mediodía en su cenit.

Tauro ascendente Cáncer. Luna en Tauro. Urano en Casa Uno.

Crecí en Parque Leloir, en una casa de campo de dos hectáreas que mi padre Eduardo decidió que fuera el lugar para criarnos cuando Gaona era de tierra y llegar a la capital era una odisea.

Mi madre tenía cuatro hijos de su primer matrimonio: Inés, Verónica, María Eugenia y Miguel, adolescentes que no convivieron con nosotras; y con Eduardo tuvo a Margarita, mi hermana yegüita, nacida dos años antes de la unión de mamá perra de agua y papá cerdo ídem.

La educación del jabalí salvaje a sus hijas fue similar a la de un régimen talibán.

Recuerdo su sentencia desde la tierna infancia: «La mujer no debe molestar, y en lo posible hacerse útil».

¡Flor de mandato, papi!

Nací libre y prisionera en nuestra fortaleza-quinta que inicialmente se llamó «Los Sardos» y después «Fortín Bellaco», pues a pesar de su excepcional inteligencia, medallas de oro en la escuela y la Universidad del Salvador, a mi papá le tiraba más la pocilga, el ocio creativo y ser el doctor gaucho criador de caballos criollos, tarea que lo ocupó y nos preocupó hasta su muerte.

Sobre su persona escribí en mis anuarios chinos agradeciéndole su legado de introducción a la filosofía oriental, al TAO, a los maestros y pensadores como Lao Tse, Confucio y Buda, que eran más familiares que el resto de una familia signada por amores no resueltos e indexados en la bolsa de Hong-Kong con superávit fiscal.

La visión de mi padre hace sesenta y tres años sobre la Argentina y su inestabilidad para organizarse seriamente como Estado lo inspiró para viajar a China y ser parte de la primera embajada argentina en la transición entre Chian-Kai-Sek y Mao Tse Tung (1945-1949).

Su talento para transmitirnos desde la cuna hasta su prematura muerte —a los 48 años por una embolia en su cama del rancho de Leloir— el respeto y la admiración por China fue mi segunda hierra, esta vez con aguja de acupuntura y tinta china, y marcó su herencia espiritual.

Mi madre —una perra (perro en el horóscopo chino)de pedigrí, bella, austera, original, multifacética y culta— contribuyó para que su hija menor, sol de su vida y realización en 3D, desarrollara su vocación más histriónica en la juventud hasta encontrar o encauzar la literaria y la de transmisora de la astrología china en Argentina, América Latina y España en las décadas siguientes.

Ludovica nació en la Selva Negra en Alemania, pues mi abuela Alicia Larguía había caído en las garras de un apuesto romano, Tulio Dari, que fue un personaje que marcó a mi madre por su fugacidad en la paternidad con ausencia y leyendas, una combinación letal para su destino afectivo.

Así la bautizaron en el año 1922, pero al llegar a Buenos Aires semejante nombre —que aún no estaba en el santoral— fue reemplazado por el de María Luisa y después por Marilú, el nombre de la mítica muñeca que se llama así por ella, y que marcó una época en generaciones argentinas.

Amor recibí a través de mis padres apasionados en el arte de vivir, de cultivar el intelecto, y de aceptar lo que tenían en el día a día, lejos de la ambición por ser o tener lo que no venía con natura.

El amor es purificación.

Experiencia colónica para desintoxicar el organismo. Me tiré a la pileta con esta terapia transmutadora, y hace más de doce días que estoy sólo a fruta, propóleo, un tónico herbario digno de Ágata, la bruja de la pequeña Lulú, y hierbas: cola de caballo, diente de león, ortiga, barba de choclo... Y me siento en Plutón.

Es el estado ideal para «colonizar» los amores del pasado y el presente pluscuamperfecto y abrir la caja de Pandora al espacio sideral en la agitada tarea de «traerlos desde alta mar» hacia la serena playa donde me encuentro.

Soy una náufraga tántrica.



Viernes Santo.

Purgatorio.

Aquí el amor queda en un compás de espera aguardando reencarnar.

Confirmo mi sensación de agobio con el hombre; dos días seguidos en casa me producen asfixia.

Nací ahogada en el cordón umbilical y estuve en incubadora varios días, que seguramente marcaron mi memoria celular.

Lo comprendí pasando el medio siglo, cuando el doctor Domingo Grande me dijo «Usted es un tronco fértil, sólido, bien arraigado, al que se le suben todas las lianas; hay lianas que el árbol necesita para estar húmedo, alegre, fértil, nutrido; pero hay otras lianas que son parásitos, que asfixian e impiden al árbol respirar, desarrollarse, emerger, estar sano y florecer...».

¡¡Quéééé metáfora!! *¡¡Grande, pá!!*

La sensación que hasta hoy tengo es que me chupan el prana, la energía, que liban mi néctar y siguen aleteando en el purgatorio; quizá porque estos hombres —que apuntaron certeros su flecha hacia mí— me tomaron desprevenida, indefensa, distraída o concentrada en la pasión de vivir presionando mi patrimonio espiritual.

Todo empieza con papá Eduardo, sardo, hijo mayor de tres varones que tuvieron que ganarse el corazón de su *mamma* en una novela que terminó como tragedia griega: peleados entre sí por celos, una enfermedad que nos iguala a los mortales y nos convierte en amos o esclavos de nuestra vida.

De la primera marca familiar es difícil liberarse en trayectoria, en una selección que abarca los doce signos del horóscopo chino. Siempre fui una tierna presa de los hombres que tejieron la trama sepia con algunas pinceladas cromáticas en mis papilas gustativas del homo sapiens.

Rara, atraje a raros.

Hice magia con algunos, descarté a muchos, atesoro a otros, y guardo en un cofre invisible a los que en un solo encuentro cambiaron mi cosmovisión; como en los últimos días de febrero en la Plaza de las Rosas, entre variadas especies de frutas, semillas, verduras, velas, incienso, artesanías, cuando el mediodía se derrite entre la piel y la sed, un arlequín me dijo «Veo a tu ángel».

Quise integrar a mi hermana Margarita y le dije «Ambas tenemos el mismo ángel». E insistió con sus ojos azules de mar infinito: «La familia comparte la sangre pero no los ángeles».

Esa ráfaga humana me envolvió y transportó a otro lugar. Él fue amor, llegó sin que lo sintiera y desapareció esfumándose.

En mi viaje a Salta sigo abriendo las eras estratificadas afectivas, similares a las que estoy recorriendo por los caminos antiguos de sedimentos calizos policromados que unen remotos parajes entre Salta y Cafayate; desde allí hacia Angastaco, reino del pimiento rojo tendido al sol como sangre de niña forzada a ser mujer antes de tiempo.

Expando mis células como una lagartija en el mediodía fulminante, en el cual no hay arbusto o follaje donde refugiarse, acompañada por un guía que improvisa caminos sin huella después de los diluvios del verano que lavaron los rastros de años modificando el territorio.

Asocio al amor el perder el rumbo después de una abrupta separación, cuando la densidad del ambiente formaba un cúmulo de nubes tanáticas desde el cielo anunciando catástrofes irremediables.

Los finales son consecuencia de un tiempo mayor o menor de acumulación de situaciones estancadas, polucionadas, infectadas, intoxicadas que tuvimos que vivir para «atravesar el Ganges» una vez más.

En Salta converso con mujeres jóvenes y maduras con total naturalidad.

Antes de que les diga «Hola» me cuentan sus vidas, traumas, historias de amor, pasión, odio, venganza, como un desborde del río Calchaquí que rompe diques y arrasa con caseríos, poblados, ese inmenso dolor atragantado como durazno verde en la garganta, que se obligaron a retener con riesgo de muerte.

El amor es lo más cercano a morir; a desaparecer en el orgasmo y en la lucha cotidiana por ser aceptada en la esencia original que nada tiene que ver con el envase que los seduce desde un kiosco o una librería inalcanzable.

Mi vocación Eros-Tánatos sigue su curso de fascinante peligrosidad.

El origen del «lío» comienza con papá cerdo y mamá perro.

En el umbral de mis 56 mayos sé que absorbí —como una raíz de cactus en el desierto— sus pozos petrolíferos devastados por sus historias que se enlazan con las del *árbol de la vida*.

Marcada en situaciones que mamé como rehén de sus problemas, me debato aun hoy por «enraizarme como clavel del aire» en la relación que me mande el TAO.

Hace unos días fue mi cumpleaños.

No organicé fiesta, quería fluir con lo que pasara durante ese día.

Desde temprano el teléfono sonó con amigas que solo llaman en esa fecha y quieren que les haga un resumen de mi vida, más las suyas, más algún consejo. En mi casa porteña —que quiero cada día más por su calidez de nido— preferí meditar, escuchar este gran recreo que tuve para alejarme del último hombre que se instaló en mi vida hace cinco años, mientras decidía reconstruir la propia, después de un tornado que me azotó con granizo de Pascua, para reformular nuevamente *el amor después del amor;* y pongan *replay*, pues mi sed nativa va apaciguándose como la del cactus en las alturas del Nevado de Cachi.

El cumpleaños colmado de *e-mails* hipercariñosos, de ráfagas de aire —aun pesado para un mayo convulsionado en el país y en el mundo— que anunciaban una tormenta que llegó al amanecer.

Un cortocircuito a media tarde con fogonazos de cañones de guerra fue el presagio de que tendría que transitar aun un tiempo de luces y sombras, de risa y llanto, de despedidas agridulces y sorpresas inesperadas.

Las velas sin estrenar de todos colores fueron encendidas con espíritu de ritual, mientras algunos amigos se animaban a saludarme entre tropiezos, pasillo lúgubre y un electricista que se apiadó y apareció sólo porque era mi cumpleaños.

La vida me sigue enseñando y confirmando que la intuición es la llave maestra para no claudicar cuando se corta la luz del corazón por tiempo indeterminado, aunque paguemos sin subsidios la electricidad.

La relación con el varón ha sido bastante simple en el inicio y conflictiva cuando la relación se instala: al minuto siguiente.

Quien me echó el ojo, la flecha, lo hizo con certeza; y me dejé cazar si me inspiraba algo más que un revolcón en la pocilga, o dos, si el fuego de la pasión se acrecentaba al abrirnos zonas blindadas.

El amor es adictivo: L. S. D. —mis iniciales— son la trampa que aún sigue infiltrándose en el hombre que se cruza en mi destino.

La intensidad con cada persona es lo que de pronto me asalta en las papilas, en el olfato, en la tenue brisa de aquellos días tatuados en la memoria celular.

El vértigo, la euforia, las palpitaciones, el sudor que traigo desde la cuna por mi tiroides, la alergia en el cuello exaltada por momentos de timidez, invasión, excitación me delatan y condenan.

Puedo sentir que caté —como a los mejores vinos— hombres de diversas culturas que me influenciaron en cada pensamiento, acción y decisión con su bagaje afectivo, que siempre fue amplio como un menú de comida oriental.

En general el vínculo afectivo o de empatía se producía simultáneamente.

De chica o jovencita, quizá me enamoraba unilateralmente, pero la vida se encarga de compensarlo en la madurez.

«Nada se pierde, todo se transforma».

Estoy agradecida de no sentir «que perdí a tal o cual, a fulano o a zutano».

El amor o la pasión necesitan tiempo y espacio. Y siempre pude graduar esa difícil ecuación, que es la que tanto se reclama en las relaciones.

Prefiero «calidad» a «cantidad» también con el hombre que se convierte en pareja.

Son demasiado demandantes, controladores, maniáticos, para querlos todo el tiempo en casa.

El oxígeno, extrañarse, pedir pista para hacer «nuestra historia» son puntos clave en la relación.

Y más vale decirlo de entrada para que no haya confusiones —que siempre existen— e inseguridades de ambas partes por la libertad que en mi vida siempre sentí y que me costó carísima.

Almas gemelas: por allí siempre me encontré más cómoda y amada.

Puedo decir que el amor en todas las ocasiones me atropelló, me encontró concentrada en otras cosas, y que nunca lo busqué conscientemente.

El intercambio de fluidos nace en la glándula pineal —de eso estoy segura— sube, baja, circula velozmente produciendo ganas, ganas, ganas de estar con el otro, de conocerlo, de explorarlo, bucearlo, masticarlo, beberlo como los animales en la selva, que no descansan entre el sueño y la vigilia y siguen de día el juego de seducción y apareamiento, de cazarse y procrear sin analizar si les conviene o no.

Hace tiempo que quiero ordenar a mis amores; escribir es una gran terapia en la cual al revivir lo que la memoria selectiva trae como el

oleaje a las playas después de siglos en alta mar, desconociendo su devenir en el «ello» y en la colección de heridas abiertas, semicerradas o clausuradas, descubro que estoy hecha de esa sustancia, el compost de los sentimientos diluidos o solidificados que bailan, cantan, cultivan, construyen, nadan en el día a día de la existencia, de la cotidianidad, sin rostro, con tenues texturas, ampliando con *zoom* el instante en el cual la admiración por el artista que me daba su caudal eólico, lunar y solar para enamorarme tenía su efecto invisible y transmutador.

Siempre aprecié que se acercaran.

Tal vez el complejo infantil de sentirme el patito feo; Olivia, la novia de Popeye; la Juliette Gréco del subdesarrollo; la Monalisa... Apodos puestos por compañeros de escuela, amigos, familiares y novios conspiraron para que me sintiera merecedora de candidatos.

Ya que llegara alguno era motivo de gran algarabía.

Y los que llegaron siempre fueron fantásticos; aun disfrazados de corderos o de monjes.

Creo seguir cursando la materia afectiva en todas sus gamas.

Y como un cántaro que rebalsa y puede dar prana a otros, siento que es el momento ideal para derramarlo en el zoo humano que me conoce hace décadas.

Me pican desde temprano las dos orejas: señal de que están hablando mal y bien de mí.

Este es un mayo redentor, benigno en clima y áspero en situaciones incómodas que se generan entre los mortales que somos y seremos, aun cuando nuestro espíritu salga de nuestro cuerpo para buscar dónde reencarnar, salir del yo, del ego; este proceso es una experiencia liberadora que, salvo grandes excepciones, no está relacionado con la odisea que es formar una pareja con los universos paralelos que estallan como el Big Bang.

Domesticar —como le dijo el Principito al zorro— es un arte para algunos elegidos.

Creo que no pude formar una relación de más de tres décadas con nadie porque el germen del amor está muy ligado a mandatos y rebeliones.

Sé atraer a los picaflores a libar mi néctar, pero después, cuando se engolosinan, me siento invadida, secuestrada, asfixiada, impedida en mi florecimiento holístico.

Parece que lo que los fascina después los enloquece.

En la radio suenan *Las cuatro estaciones* de Vivaldi. Es mi concierto favorito desde niña.

Tuve la suerte de criarme en el campo. Aunque Parque Leloir queda a 30 kilómetros del obelisco, hace medio siglo llegar y vivir allí era aventurarse en el Far West.

Mis primeras excitaciones están impregnadas de tierra húmeda, sol intenso, fragancias de jazmines del cabo, aromos y retamas libados por abejas y abejorros, caballos montando a las yeguas en celo, cuando los relinchos y orgasmos de ellos coincidían con los míos.

Viví el erotismo al unísono en mi despertar simio.

Me crié en una casa de campo fluorescente, llena de animales que eran parte de nuestra familia, y en contacto con las estrellas, la luna en cada fase, planetas, grillos y sapos cancioneros.

Sin miedo. Ni a la noche, ni a los ladrones ni a los fantasmas.

Siempre sentí que estaba protegida por ángeles que me cuidaban día y noche.

Mi deseo brotó temprano, tuve padres muy libres, abiertos, desprejuiciados que contribuyeron al mono-tributo.

El jabalí salvaje Eduardo no dejó ninguna fantasía para explorar; la pocilga estaba disponible con mi mamá y el harén que día a día desfilaba delante nuestro.

Aún sigo constelando ese libertinaje porcino y una madre perro fiel, guardiana y entregada a su destino.



Necesité visitar Uruguay para escribir el libro sobre el amor.

La inspiración que siempre sentí al cruzar el Río de la Plata y visitar Colonia está enraizada en mi juventud y el amor que me visitó en aquella era.

A lo largo de mi vida me enamoré de hombres que supieron matizar el ocio creativo con la calma, el silencio, los espacios infinitos para enmarcarlos en *sumi-e* o papel arroz para que no dolieran tanto cuando se fugaban en la línea del horizonte.

Siempre pude sentirme más integra en cada recoveco del corazón charrúa: desde Colonia del Sacramento, Montevideo, La Ballena, Los Pinares, Rocha, Punta del Diablo, Costa Azul hasta El Chuy.

Los caminos terracotas que atraviesan el fértil campo uruguayo, sus casas armónicas con alguna vaca o caballo dándoles vida... y sobre todo su gente, un manantial inagotable de cariño y estímulo desde mi tierna juventud.

Adriana es un ángel que llegó hace un katún[2] a mi vida con el arte del *make up*. Cuando le conté hace unos días que estaba inspirada escribiendo este libro, sacó de su agenda un corazón que representa a Uruguay y me contó la maravillosa historia de la Piedra corazón.

Habito este cuarto
que se me ha concedido,
para seguir en mi tarea
de NU SHU del Río de la Plata;
hadas, duendes, madrinas
y Piria saben
que tengo sisal infinito
para continuar narrando
lo que fluye desde el tantra.
Suelto las redes al mar,
desaparezco
recibo mensajes en la coronilla
poética.
Soy mujer agradecida
tasoterapia
en mis células heridas.
L. S. D.

Domingo
sola por dentro y por fuera.
lentamente abrí los ojos
cuando el azul cobalto
del mar y el cielo eran un manto.
Respiré profundo,
suspendí el tiempo
entre las sábanas y el último sueño.
El mate encendido
la chispa del deseo inconcluso.
Corrí lentamente
la cortina de las ventanas
para admirar la luz rosa fucsia
que me bañó con ágata y cuarzo
las ganas de rezar en voz baja.
L. S. D.

Se fue gran parte de la gente que estuvo el fin de semana patrio en el hotel y el lunes me sorprendió con una luz brillante al amanecer, que presagiaba un día claro, para continuar revelando secuencias de amores inconclusos.

Dialogué ayer con un amigo a quien conocí hace catorce años causalmente en el bar Tabaré de Montevideo, cuando con Gipsy celebrábamos sus dos katunes. La magia de la noche de diciembre ayudó para que nos animáramos a conversar fluidamente, integrando a dos conejos de agua en una invisible estocada del destino.

Pasó el tiempo, y practicando el WU WEI (no forzar la acción de las cosas) con Gustavo creció un vínculo de gran amistad, real amistad entre un hombre y una mujer. Si bien creo en el amor platónico, este tiene algo más: dejar ser al otro sin interferir en el karma ajeno.

Nos hemos confesado con lo que sentimos en cada relación que ambos hemos tenido en estos años, y sabemos que somos dos solitarios que dejamos entrar a personas que no nos invadan demasiado el territorio.

¿¿FÓBICOS??

BASTANTE.

El amor se da o no se da; no pide permiso.

No hay reglas ni códigos.

Sin embargo, ha cambiado la manera en que se relacionan las personas que quieren «estar en pareja y establecer una relación más profunda con alguien».

Desde mi viaje afectivo comprendí que ningún amor es igual a otro, ni se repite, aunque se parezca el envase; las sutiles maneras de llegar a alguien —o las grotescas— son de esas dos personas y de nadie más.

Cuando me preguntan quién soy, qué hago, *de dónde vengo y hacia dónde voy,* contesto «Soy la última romántica del Apocalipsis».

Desde chica, en mi casa escuché hablar de Sartre y Simone de Beauvoir, de Sansón y Dalila, de Gala y Dalí, de Neruda y Matilde.

La admiración que me producían estas historias actuaban simultáneamente como parámetro de lo que buscaba o creía que merecía.

Amores que me mantuvieran activa, despabilada, en acción, decidiendo cada instante como una ruleta rusa, sí, porque tenían y siguen teniendo algo peligroso que atenta contra mi vida.

Esa mezcla de cianuro y jalea real, de ortiga y caléndula, de agua de vertiente y aguardiente sigue siendo parte de mis elecciones afectivas.

La bondad masculina en estado puro no me enamora.

Lamento haber desechado a un hombre que me amó persistentemente sin ser correspondido.

También fue un encuentro fortuito, en Córdoba capital, en alguna de mis giras; desde una mesa me observaba como un científico nuclear que está descubriendo la sustancia molecular que podría consagrarlo como Premio Nobel.

Y aunque llegó a mi Feng Shui y conocí a sus hijos mágicos, nunca pude sentir por él más que compasión, porque su vida ejemplar no daba lugar a que pudiera sentirme acechada como hembra, sino más bien cuidada como un camafeo. ¡Qué extrañas somos las mujeres!

Necesitamos intuir, presentir, lo que no muestra el hombre que amamos, esa cuota de misterio, el tiempo que no sabemos dónde está, con quién y qué hace, para seguir «imaginando» que existe fuera de nosotras, de nuestra brújula sensitiva, de la cotidianidad, de los programas establecidos donde «se da por sentado» que nos pasará algo que nunca es lo que es.

Hay que dejar que el hombre encuentre su tiempo interno una vez que nos clava los colmillos.

Estoy sola en el salón de juegos del hotel y el horizonte del mar está transformándose como una acuarela china.

Recuerdo cuando el doctor Domingo Grande infinidad de veces en las sesiones me decía: «Existe el macho alfa; es el que abarca el 70% del territorio de las hembras. Luego el macho gama, que abarca el 20% del territorio de las hembras. Y el otro 10% es el de los indiferentes, a los que les da lo mismo estar que no estar... generalmente no son celosos de sus hembras».

Reconozco que siempre me eligen hombres alfa.

O que pertenezco a su harén en calidad de favorita.

El TAO, en gran sincronización con este libro, coincide con la lectura del libro *El abanico de seda*.

Vivi Ángeles me lo regaló en la Feria del Libro con otros *souvenirs* dignos de su buen gusto.

Comprendo aun más en este momento por qué mi padre estaba tan entusiasmado con elegir a nuestros futuros maridos, tanto a Margarita como a mí, desde la tierna infancia.

De hecho lo hizo; eran unos gauchitos que a él le encantaban y que a nosotras nos espantaban, porque eran lo opuesto NOOOOOO complementario de nuestro estilo.

Así es en China: apenas nacen las niñas, tienen designado al astrólogo y a la casamentera para que les busquen el candidato a esposo y además del estudio de los ocho caracteres, las condenan con vendarles los pies como ofrenda para mejorar su situación.

AAAYYYYYY, PAPÁ.

¡¡CÓMO AGRADEZCO TU PRONTA PARTIDA DE MI VIDA!!

¡¡TAL VEZ HUBIÉRAMOS CAÍDO EN ESA PRISIÓN, AL MENOS PARTE DE NUESTRA VIDA!!

Keej 12

El retorno

Anoche me acosté contenta, como si hubiera hecho el amor hasta quedar exhausta a pesar de mi estado monacal de más de un lustro.

Imaginé el viaje en avión, el *jetlag*, calculé los tiempos invisibles entre Europa y el cruce del Atlántico, deseé que no tuvieras turbulencias para aterrizar tranquilo en tu país.

Me metí debajo de tantas mantas y silencio como es posible viviendo aquí, dejé que una estrella que brillaba en el cielo nos conectara y cerré los ojos hasta quedarme quieta como la tortuga de piedra que me protege en el norte del jardín.

Hoy intuí que el azul cobalto que se travestiría en día me acompañará en los rituales habituales: apagar la cigarra verde, ir al baño, abrir los postigos, saludar a mis perritas que más por capricho que por hambre me golpean la puerta, encender la vela azul del día Keej 12, levantar a Maximón, a Marilú, calentar la cacerola con todas las sobras nuestras y de ellas, poner la tetera, azuzar el fuego y buscar más leña para disfrutar con mi cabeza tu llegada.

Quedé absorta, detenida en el tiempo como la ropa cuando se seca al sol sin broche.

Dejé que todo me abrazara desde el sillón: la luz del sol que lentamente delineaba el contorno de las colinas, el lago, los cipreses, el alambrado de las rosas que están en época de soledad por tanto frío y falta de lluvia.

Respiré profundamente.

Dejé que la vida sea.

Me sentí contenida sabiendo que ya estabas en la Argentina.

Como una campana de un monasterio sonó tu despedida hace treinta años: «Voy a tener destemplada el alma para siempre...».

Y de pronto la mía se templó.

Nuestro amor, que volvía.

Lo que no fue se precipitó, se coaguló, enredó en otras manos que pudieron más que nosotros.

Y la juventud que tenía; la fuerza visceral, femenina, arrolladora, ingenua, creativa.

El tic tac que se llevó un ladrón y nunca más lo devolvió, alejándonos en otros continentes, en otros brazos, en una nueva existencia.

Es un silencio que tengo incrustado como mica en la piedra.

Allí quedó intacto hasta que esta mañana lo sentí por dentro despertando.

El fuego acompañó mi sensación; del centro de un tronco la llama salía hacia el cielo.

No había humo; era interno, sobrio, perfecto.

Dejé que el día saliera a la luz.

No tenía prisa, ni dónde ir, sino pensar en tu conmoción al llegar y ver las calles, la cara de la gente, la violencia que está adherida como musgo al ritmo de la vida y no se puede desactivar.

Mis ojos a lo mejor eran los de hace treinta años cuando supe que te ibas con tu familia para siempre.

Con un amor que no lo era a pesar de tener dos hijas.

Tal vez supe que mi destino era dejar partir al amor cada vez que se manifestara en mi vida; no era quién para retener a nadie que me amara o que sintiera que me pertenecía.

Do re mi fa sol la sí.

El día seguía, con otro hombre en mi casa y en mi vida.

Pero el pasado es tramposo; se cuela por los alveolos y nos invade la memoria celular.

Nos derrama la lata de pintura en el corazón hasta teñirlo de un nuevo color.

Nos aturde con la Novena Sinfonía de Beethoven cuando estamos para una quena[3] de la quebrada de Humahuaca.

La película se detiene en una escena y se congela.

La moviola se raya, se descompagina, intenta poner el fin al principio y se distorsiona.

La lejanía es un buen antídoto para el dolor.

Cuando los actores se acercan todo se aclara como la niebla que se instala días y a veces semanas sin permiso en las sierras e impide enfocar árboles, animales y fantasmas.

El cuerpo adormecido por un veneno letal comienza a moverse con un impulso ralentizado.

La cara en el espejo aun mantiene la lozanía de esa época, en una expresión de larga ausencia sin luna de a dos.

Nada se pierde, todo se transforma.

El ritual.

La vida que fue hacia otras direcciones, logró premios, honores, medallas, choques, derrumbes, desvíos, asistencia terapéutica, monólogos con los asteroides, satélites y horizonte de eventos.

Dejó de titilar o aterrizó en otros planetas depredadores disfrazados de chamanes, sabios, necios, poderosos en su reino, juglares, físicos, rockeros, mendigos de amor y divisas.

Y el amor se llevó adentro —en la mirada de las cosas— los problemas, la gente, los deseos, los sabores, las preguntas que telepáticamente mandé para que me respondieras.

Y aprendí temprano que la mayoría de las veces no coinciden el amor de a dos, las edades, las ganas de seguirla; que hay que aceptar la fecha de vencimiento.

Y el otro estará mejor que estando.

Se potenciará, sacará a la luz sus telas en blanco, los pomos, los pinceles para ser pintados, dibujará croquis en alta mar que dejará en el próximo puerto en algún bar donde una cerveza negra de más produzca un oleaje que estalla y se desintegra en millones de partículas.

La luz de la tarde acompaña este día; se esfumó como nuestro amor sin autorización para entrar en el alma del otro.

L. S. D.



Piedra corazón

por Adriana Rodríguez
y Edgardo Otero



La Piedra de Corazón se encontró en el año 1966, hace 46 años, en el Departamento de Artigas, distante unos 600 kilómetros de la capital del Uruguay, Montevideo. Fue hallada en Parada Fariña —una localidad aún más lejana de la capital del departamento de Artigas— por Laires Luciano Lucas, un humilde minero que trabajaba en forma independiente y se había instalado en un rancho de lata y madera en un lugar desolado y apartado, con su pala y su pico como únicas herramientas. Allí Laires extraía ágatas y amatistas, piedras características de la zona, para sus clientes.

Él tenía un extraordinario don, que era el de obtener piedras valiosas en un lugar que, años después, fue objeto de explotación comercial, y aunque hubo empresarios que aportaron tecnología y maquinaria, no lograron extraer ni una sola piedra valiosa. Sin embargo Laires, durante los siete años que permaneció allí, con sus precarios instrumentos, solo, logró extraer muchas piedras de la zona.

Llevaba las piedras recogidas hacia su casa, en la ciudad de Artigas; allí los clientes clasificaban las piedras y separaban las que tenían valor comercial de las piedras huecas, que a ellos no les interesaban. Subidos al camión, arrojaban al piso las piedras que descartaban. Laires había observado una, con forma de corazón humano y la había dejado exprofeso en el camión, en forma generosa, para que el cliente se la llevara. Sin embargo, la piedra fue desechada de todas maneras y arrojada al costado del camión. Cuando fue despedida del camión, se abrió. Se dice que la piedra al caer del camión buscó abrirse, para mostrar su interior y ponernos en contacto con su mensaje. Esto —como algo personal— es muy parecido a lo que le sucede al hombre: desde afuera alguien nos tiene que dar un toque para que nos abramos.

Al día siguiente, Laires observó que la piedra que había capturado su atención tenía destellos especiales en su interior. Dejó que la lluvia lavara el interior de la piedra y la observó nuevamente: esos destellos correspondían a pequeños cristales de cuarzo citrino, en una superficie de ágata lisa. Laires, con tantos años de experiencia y toneladas de piedras manejadas, supo que lo que estaba viendo era especial.

Laires tomó la piedra y la mostró a su familia. Les hizo notar que la Tierra había hecho un regalo especial para la Humanidad, les dijo textualmente: «Estamos frente a algo superior al hombre».

Él entendió que había sido elegido para ser custodio de dicha piedra y que debía ser cuidada por la familia cuando él ya no estuviera.

Comprendió que nunca debía ser vendida ni comercializada, aún cuando se trataba de una familia de origen humilde, porque la piedra no les pertenecía a ellos sino a la Humanidad. A su familia le costó entender esto, sus hijos no lo comprendieron, y Laires les dijo simplemente con sencillez y amor: «Acepten».

Es así que durante los años siguientes, Laires recibió innumerables ofrecimientos para comprarle la piedra. Él siempre se negó, fiel a su determinación. Sus tres hijos, Hugo, José Antonio y Mary, recogieron ese sentir y se mantuvieron unidos y determinados a proteger la piedra corazón.

En 2007, un francés llamado Michele Almeras se jubiló y decidió conocer el mundo y viajar. Es así que llegó al Uruguay, país que le interesaba conocer. Cuando arribó a Uruguay, alguna gente le habló de una comunidad francesa que residía en la ciudad de Artigas. Michele decidió ponerse en contacto con esa comunidad y viajó a dicha ciudad. En Artigas conoció la historia de la piedra corazón, que despertó su curiosidad, e hizo que buscara contactarse. Conoció la piedra y a su guardián o custodio, Hugo, quien había sido elegido por los hermanos para ese cargo.

Michele y Hugo son los dos custodios y guardianes de la piedra actualmente. Michele es el encargado de llevar el mensaje con humildad y amor a Europa y Hugo lo hace en su tierra natal. Juntos comparten el milagro de la piedra corazón y han viajado por el mundo haciendo que miles de personas tomen contacto con ella.

Ambos han aprendido mucho sobre el mensaje de la piedra, pues por estar en contacto con ella han conocido y son portadores de historias bellísimas y sucesos hermosos ocurridos cerca de la piedra.

A nivel científico, la piedra ha sido analizada por geólogos. El primero que la analizó fue Julio Gauchere, uruguayo, quien constató que la edad de la geoda ágata bandeada es de 130 millones de años, con formaciones de cuarzo citrino en su interior, donde esas formaciones son más recientes, y que los propios cristales forman figuras, y no fueron manipulados por el hombre, lo cual destaca el valor espiritual de ella.

También hay una anécdota: el Banco Mundial de Inversión contactó con Hugo al tener noticia de la piedra, y le pidió hacerle determinados estudios. Hugo accedió con la condición de que él pudiera participar del experimento. Durante todo un día, especialistas llegados de otros países analizaron la piedra y la sometieron a rayos en una habitación especial. Hugo relató que fue maravilloso observar cómo de cada poro de la piedra

salían cientos de miles de rayos luminosos de colores que irradiaban a toda la habitación y al techo mismo.

El experimento finalizó al cabo del día y Hugo se interesó en el resultado, más no obtuvo respuesta de los técnicos. Al día siguiente, se encontró con uno de los expertos en geología en la calle de la ciudad y le preguntó cuál era su opinión del experimento realizado, y el especialista le respondió que la piedra corazón era increíble. «Qué significa que es increíble?», preguntó Hugo, y el experto reiteró: «Esa piedra es increíble!».

Algo maravilloso de la piedra corazón y las figuras que tiene en su interior es que cuando las personas se ponen en contacto, se les despiertan emociones, sentimientos, y diferentes interpretaciones sobre la piedra. Por eso Michele comenta que la interpretación es libre, y eso es lo mágico de la piedra.

Las figuras formadas por los cristales son definidas: aparecen palabras y formas. Por ejemplo la «J» de Jesús y la «C» de Cristo; el símbolo cristiano del Pez; el Pan, símbolo del compartir. Letras hebraicas y árabes, la palabra «padre», la palabra «Ala» en árabe, códigos rúnicos, la palabra «mil», una forma de ángel, paloma y corazón, según cómo se mire. Un animal prehistórico y, sobre éste, montada la Sagrada Familia, la Madre con su Hijo en brazos y el Padre. También se observa el Triángulo de las Bermudas y la Atlántida.

Personalmente, vi el número siete mil ciento once y vi también un escorpión.

Se dice que la piedra tiene una programación muy especial. Que tiene una buena razón para su existencia, que su meta es traer la paz profunda. Uno de los distintos profesionales que han tomado contacto con la piedra (radiestecistas, quinesiólogos y místicos) comenta que todos los reinos (mineral, animal y vegetal) emiten un campo magnético, una vibración excepcional, y que esta geoda emite una vibración cósmica sagrada, que posee una fuerza tranquila; tiene la vida en ella, la conexión cósmica. Cuando se entra en resonancia con su frecuencia, despierta en uno lo armónico y lo sagrado. Que el mensaje que trae de paz y amor es muy simple, que la piedra sabe que no es un objeto de culto, muchos sienten la femineidad cósmica, perciben la matriz de lo femenino. Dicen que los cristales son las conciencias solidificadas de la Madre Tierra, y que esos cristales son todo amor en sus formas; nos invitan a perder el miedo y la agresividad; y cuando se pierde el miedo y la agresividad no hay más estrategia ni ego, se derrumban todas las barreras.

Esta piedra corazón nos invita a abrirnos, es una piedra universal y muy cercana al Hombre, está llena de sentido, es un pequeño milagro que no se puede explicar. Sólo nos invita a ensanchar nuestra visión para tener un enfoque más contemplativo, para que nos sintamos libres, sin doctrina ni dogmas, para sacar lo más justo de nuestro ser; por ende, despierta la alegría pura.

¿Será que nos invita a dejar que los demás puedan leer en nosotros, así como ella deja que lean en su interior?

Sensaciones experimentadas por personas que estuvieron en contacto con la piedra

Amor incondicional.

La energía equilibra mi cuerpo.

Estar en contacto con ella es una bendición.

Algo único y especial.

Que lo esencial es vivir hoy, estar en el corazón, amarse uno mismo y amar a los demás.

Deberíamos abrirnos como la piedra.

Algo maravilloso. Recibí tanta belleza, tanta suavidad, mucha ternura.

Plenitud.

Siento que me abro como una flor de loto.

La piedra está llena de sentido.

Un milagro que no se puede explicar.

Alegría.

Encuentro singular y personal, muy bello, un regalo extraordinario.

Hugo, el guardián de la piedra, dice que el mensaje tiene que entrar poco a poco, como la piedra, en paz, calma y discernimiento. Que lo sagrado está en todas partes, y para ser felices se necesita muy poco.

A Edgardo y a mí nos despierta las siguientes reflexiones: ¿Por qué esta maravilla del universo aparece en un pequeño rincón del planeta? ¿Por qué de las miles de toneladas de roca que se han procesado, se detectó este pequeño gran obsequio? ¿Por qué la piedra tiene la forma del Uruguay? Como dice Hugo, si este hallazgo se hubiera dado en Jerusalén, lugar sagrado, esto sería un fenómeno mundial y millones

de seres estarían hablando de él. Sin embargo, se dio en un lugar humilde y callado, símbolo de que ese es el camino hacia la bondad y el crecimiento espiritual, sin millones de fieles en procesión, sin grandes festividades, sino en paz y en silencio; el mensaje callado pero claro y transparente. Desde la serenidad del alma, cada uno ve en esas figuras su paraíso y le da su interpretación, ve su propio camino personal. Cada persona se conecta con la piedra de distinta manera; ella nos invita a acercarnos desde nuestra inocencia niña, para luego poder interpretar el mensaje desde esa inocencia. No solamente quedarse con lo interpretado, sino utilizarlo para que tu corazón te lleve a buen puerto. Ese es el milagro.

Una última reflexión que nos hacemos, y es una preocupación. Nuestro mapa del Uruguay está sostenido sobre un basamento de cuarzo y amatista, y por eso de alguna manera estamos más protegidos. Últimamente están llegando extranjeros maravillados por nuestras piedras, y cuestionan que los uruguayos no hacemos uso ni explotamos adecuadamente esos yacimientos, quizás porque no tenemos la tecnología. Parece un pensamiento triste y de bajo nivel, no lo compartimos ya que si esas piedras están allí, es por un cometido o un fin, no para ser «explotadas» ni «comercializadas»; no deberíamos ser tan ambiciosos y tan invasivos, sino más respetuosos por lo que la naturaleza nos ha regalado.



Mis amores



Amores ratas







Palmerita bahiana
apareciste enmarcada
entre el simétrico balcón y la rambla.
Despertaste aquel día
en Bahía,
cuando fui secuestrada
por el pibe banana.
Banquete erótico
atesorado en otra galaxia.
Surgiste en cámara lenta
papiro esperando
ser voz en el tiempo
L. S. D.

Acepté la invitación de los dueños espirituales del Hotel Argentino en Piriápolis.

Ideal para rebobinar un amor que fue quien me trajo hace treinta años a este templo catapultado por su esotérica historia.

Horacio fue sin duda el hombre que me hizo vivir cada minuto del día como una película de ciencia ficción, y me convirtió en una mujer capaz de imaginar y concretar simultáneamente los deseos que nacen desde el tantra.

Interceptó mi vida de chica —más pueblerina que urbana— cuando tenía 26 años.

Era el amigo de mi cuñado, su tocayo en nombre y profesión, en la cual ambos tenían a Le Corbusier como maestro de vida y obra.

Mi currículum afectivo estaba un poco agitado por hombres mayores que caían al país luego de grandes autoexilios, y ahora entiendo por qué esta extraterrestre que era, soy y seré los flechaba apenas me conocían.

Una tarde de otoño sonó el portero eléctrico en el departamento de Balvanera donde vivíamos con mamá, que estaba pasando unos días en la Laguna del Sauce.

Sin anestesia, los dos Horacios estaban en el hall anunciando su tránsito planetario en Buenos Aires, y autoconvocándose para pasar una noche allí.

Gulpppppppp.

Esa generación de hombres tan *yang* siempre me alteró, y más en aquella etapa en que las heridas abiertas aún en mi piel sangraban 0 Rh negativo.

Apenas vi a Horacio, sentí que una energía sobrenatural me invadía y sitiaba.

Su cara de *comic* y su figura desgarbada me hicieron gracia, su ángel diabólico me acechaba por la superficie del departamento como un «alien».

Desde ese instante, perdí identidad, reflejos, equilibrio.

Un huracán desaliñado, sin huellas digitales, había entrado en mi vida.

Una rata de fuego desplegaba su arsenal de encantos y seducía a la desprevenida mona de fuego en un encuentro en la 5D.

Me sacaba fotos sin parar, desde cada rincón y ángulo, sin preguntarme si quería o no.

Actuaba como un payaso con una sonrisa de Guasón y Peter Coyote que me producía secreciones en las glándulas pineal e hipófisis.

Parecía un set de cine improvisado donde dos actores comienzan a ensayar.

El cerdo de mi cuñado sabía que esta combinación era explosiva.

Habían traído botellas de todos los colores y sabores, estábamos en un nuevo planeta donde era *una Eva para dos Adanes*: aunque jamás cometí ninguna infracción, estaba sola con los Horacios.

Me fui a dormir, o al menos a intentarlo.

Ellos se reían a carcajadas, rompían vasos, y gritaban ahuyentando a los espíritus de la noche.

Me levanté temprano y cuando llegué al living vi que el andariego estaba durmiendo o haciéndose el dormido en medio de un caos de ceniceros llenos y botellas tiradas por el piso que me causaron la alergia que aún perdura en mi cuello.

Me dispuse a limpiar esa noche de *Adiós a Las Vegas*, pero el arlequín me impedía moverme sacándome más fotos con su Leica.

Supe que no tenía rollo, que era mentira, que era un acertijo.

Se lo dije y se quedó helado un instante.

Atrapé a la rata en su trampa y creo que se dio cuenta de con quién estaba jugando.

Mi cuñado no estaba. Supongo que habían tramado esta emboscada y, apenas levantada, Horacio me dijo: «Sos Pinocho».

Salió a la calle, no sé adónde iría, y por suerte pude respirar después de dieciséis horas sin oxígeno.

«Chau». «Adiós». Me pidió el teléfono.

A los diez minutos me llamaba desde un locutorio y me decía: «Pinocho, tengo un regalo para vos».

Gulpppp.

Necesitaba tiempo para recolocarme, saber quién era este hombre invisible que ya había contaminado mi existencia.

El timbre sonaba en mi puerta y estaba allí con su cara abierta hacia la mía y un paquete con un libro de Pinocho que me dio dedicado: «To my love of the rest of my life. Horacio».

Creí que el corazón salía del cuerpo y levitaba por el ámbito a velocidad de competencia, arrítmico, trastocado, destronado.

Había traído comida de la tienda para una semana, y estaba dispuesto a instalarse porque no tenía adónde ir.

Desde ese momento supe que estaba en una red psicodélica y que era cazada por un hombre que tartamudeaba y olía a rancio.

Frené su locura de amor, su desierto de siglos de soledad, intentando recuperarme de ese baldazo de frenesí, pasión, imaginación y surrealismo que duró hasta la trágica separación, año y medio después.

A los dos días, sin haberme tocado un pelo, anunció nuestro casamiento en Buenos Aires, y cuando me enteré me escondí debajo de la cama.

Un loco más, un loco apasionado que había decidido nuestro destino sin consultarme.

La rata se hechiza con el mono y este siente que nadie lo amará de esa manera.

La admiración mutua, el vuelo creativo, la afinidad de cuerpo, alma, mente es un rayo que atraviesa al dúo más dinámico del zoo chino.

Sintonía, armonía, plenitud, magia, arte, sensualidad, placeres mundanos, terrenales y del más allá unen a estos signos en un viaje que puede ser para toda la vida, por una temporada, un día o una noche, pero que dejará una marca eterna en el corazón de piedra de ambos, y los convencerá de que las historias de amor del cine o la literatura han sido inspiradas por la rata desde Shakespeare hasta Sándor Márai, Buñuel o Mozart.

¡¡Cuánta adrenalina despide el roedor cuando acecha a su víctima!!

Especialista en comerte el coco, meterse dentro del sistema nervioso como un ratón, desactivar el disco duro de fábrica y resetearlo; esta criatura superinteligente logra invadir nuestra conciencia y consigue lo que se propone.

Siempre lista para detectar el punto G del prójimo, del amante, del amor imposible, logra ser cómplice en la enfermedad que nos genera con sus manejos diabólicos.

Astuta, certera, sensual, maníaca y depresiva, la rata juega con nuestro frágil sistema emocional para estar siempre en la pantalla del móvil, del Ipad, en un viaje en avión, en metro o en submarino y taladrarnos con su pasión de *amor sin barreras*.

La rata es adictiva: logra que una se convierta en adicta a ella. Sabe

infiltrarse por los recovecos más sutiles del alma, el corazón y la cabeza.

Es intensa, no duerme, permanece en estado de vigilia esperando conseguir el sustento, el atajo, la oportunidad para estar primera en los lugares que la mantengan a salvo: sean trabajos, personas, contratos, sitios exclusivos, remotos, mágicos donde no llegan Google ni Alejandro Magno.

En el amor la rata gana la maratón, sabe seducir con recursos inéditos, con su exquisita imaginación, humor negro, carisma, originalidad, cultura; aunque su origen sea humilde se destacará por tener sentido común y talento conquistando a una legión de fans como por arte de magia.

En ambos sexos, y en el tercero, son adictas al sexo.

Su magnetismo atrae como un faro en alta mar a quienes están distraídos o perdidos en la neblina. Sabe entrar como ninguna y es casi imposible evacuarla o expulsarla para siempre de tu vida.

Reconozco que conmigo jamás ha fallado la «atracción fatal» de este signo.

Detecto en instantes cuando se me acerca una rata, aunque sean mujeres.

Son un imán, néctar, y presentirlas antes de que entren en foco es aceptar que los chinos saben mucho al respecto.

Una rata enamorada cuida todos los detalles: es prolija, meticulosa, conversadora, delicada, despliega su encanto en cada acto, compás de espera, sístole y diástole, inhalación y exhalación; tiene fría o cálidamente calculado todo y en general es una estratega infalible.

El amor es adicción; cuando ella cae en la trampa el *boomerang* cumple su profecía y entrega su vida para salir ilesa de un juego peligroso.

A veces puede, otras no.

Es capaz de regalar su fortuna, un palacio, o una colección de arte del siglo XIX si siente empatía, afinidad, gratitud, admiración por quien se le cruza en el TAO.

La rata es tacaña, menos en el amor.

Enciende su chispa, se entrega a caricias, besos y masajes dentro y fuera de la alcoba y firma cheques al portador o extensión de tarjetas oro sin inmutarse.